



LA TONADA DE JUAN LUIS

Kipatla 
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Autora
Nuria Gómez Benet

Ilustración, diseño y formación
Cecilia Lemus
Emilio Watanabe
Arturo Ruelas

Editor
Arturo Cosme Valadez

Primera edición: 2005
Segunda edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para tratarnos igual)
ISBN: 978-607-8418-59-6 (La tonada de Juan Luis)

D.R. © 2018. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
Alcaldía Miguel Hidalgo,
11590, Ciudad de México.

www.conapred.org.mx

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.
Impreso en México. *Printed in Mexico.*

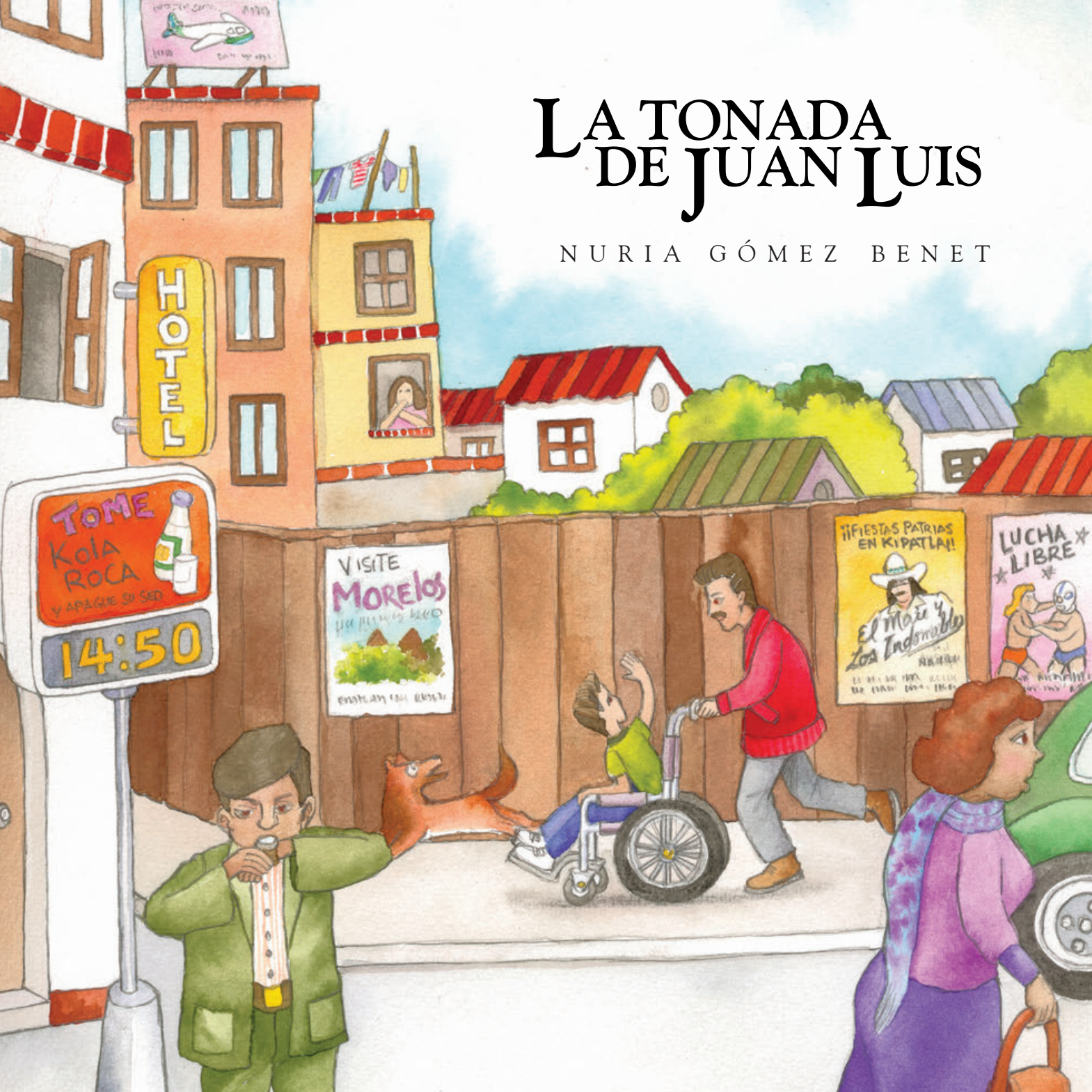
LA TONADA
DE JUAN LUIS



La igualdad de oportunidades significa, entre otras cosas, que en los lugares públicos se haga lo que sea necesario para que las personas con discapacidad puedan ir y venir fácilmente, como las demás personas.

LA TONADA DE JUAN LUIS

NURIA GÓMEZ BENET



Las zancadas de mi papá

A penas íbamos a comer y ya iban a dar las tres de la tarde. Nos habíamos tardado en pagar la luz y mi papá no quería irse de nuevo a trabajar con la panza vacía. Veníamos apurados por la calle cuando me pareció ver la foto del Mau. Como siempre, habían pegado el letrero muy arriba y no lo alcancé a ver bien.

–¡Espérate! ¡Alto!– le grité a mi papá que venía dando sus grandes zancadas detrás de mí.

–¡Ay, m’hijo! ¿Qué pasa?

–Por favor, por favor, voltéame, que quiero ver el letrero que está en esa barda.

–Está bien– contestó muy serio.

–Pero rápido, ¿eh?

Mi papá, que domina la técnica, le dio la vuelta a la silla de ruedas y en el mismo movimiento me acomodó justo enfrente del cartel.

Mi perro también se regresó. Gruperro se sentó junto a mí. ¡Ahí estaba! Era Mauricio Quijano, el Mau, vocalista y líder del grupo *Los Indomables*,





que además tocaba la trompeta y la armónica. Había nacido en Kipatla, como yo, pero ahora era famoso y andaba por todo el mundo.

Yo había oído decir que iba a venir por unos meses a descansar de sus giras, pero no creí que fuera cierto. ¡Venía a tocar en el baile de septiembre! ¡Con más razón debía invitar a Cristina a ir conmigo! Pero... de nuevo me entró la duda. ¿Qué tal si ella no quería ir conmigo? A lo mejor prefería ir con alguien que sí pudiera bailar bien. Otra vez le estaba dando vueltas a eso en mi cabeza, cuando escuché a mi papá.

–¡Eh, Juan Luis! ¿Ya?–

–Sí, papá. Gracias.

Giramos hacia la casa de volada. Mi papá no paró de caminar con esos pasos enormes que usa cuando tiene prisa. El Gruperro no dejó de correr con la lengua de fuera delante de nosotros, y yo no dejé de hablar de lo increíble que iba a ser ver a *El Mau* y *Los Indomables* en el Auditorio de Kipatla. Pero para eso todavía faltaba un mes y medio.

Sí te doy permiso, pero...

Esa misma tarde Frisco vino a mi casa y me contó de las clases. ¡El Mau iba a dar un taller para todos los niños que quisieran aprender a tocar la armónica como él! Beto y Verónica, los encargados de la Casa de la Cultura lo estaban organizando todo. Yo ya sabía bastantes canciones.

Había sacado cuatro de *Los Indomables*, así, de oído, en mi

armónica, pero nunca había tomado clases y menos con alguien como el Mau.

Me dijo Frisco que el taller iba a ser dos veces por semana: martes y jueves, a las cuatro y media de la tarde. Sólo durante los meses que el Mau iba a estar en Kipatla.

Ni lo pensé. En cuanto acabamos la tarea y Frisco se fue, le pedí permiso a mi mamá.

Me dijo que sí, pero... el único problema, me explicó, era que no había quién me llevara a la Casa de la Cultura, porque mi papá en las tardes trabaja y ella los martes y jueves es cuando se queda hasta las cinco en el consultorio, ayudándole a la Dra. Ibáñez con los expedientes.





–“Ya sabes que arreglé con ella de salir a las dos los demás días de la semana, pero martes y jueves justamente no puedo.”

Yo pensé que era una lástima que el Gruperro no me pudiera ayudar. Sólo que fuera del tamaño de un caballo y me llevara. Sólo que las banquetas fueran muy, pero muy chaparritas y yo pudiera bajarlas sin ayuda, con muchísimo cuidado. O sólo que en Kipatla hubiera rampas en cada esquina. Pero ni Gruperro era tan alto, ni las banquetas tan chaparras... y en Kipatla no había rampas.

Le dije a mi mamá que no importaba. Que yo veía cómo, pero que no me podía quedar sin las clases del Mau. Yo me podía ir sólo. Cuando llegara a una esquina... ¡seguro habría alguien que me ayudaría a pasar! En el cruce de la tienda estaba Don Esteban, más allá, a la vuelta, Lupe, la de la estética, que está muy fuerte y seguro me aguanta. Ya llegando a la Casa de la Cultura, podría avisarles con la armónica a Verónica y a Beto, que siempre están allí, y que de sobra pueden conmigo y con la silla. Estaba decidido.

Yo me enseñé solo

Por fin fue martes 9 de agosto, el primer día del Taller. Salí de mi casa mucho antes de las cuatro. No quería llegar tarde.

En la primera esquina, un señor que estaba comiendo una torta, la dejó en el plato y, después de alisarse con los dedos el bigote, me ayudó a pasar. El Gruperro, moviendo el rabo, le dio las gracias. En la otra cuadra me cruzó Don Esteban, el de la tienda.



CASA DE LA CULTURA

ESTÉTICA DE LUPE

TIENDA DE DON ESTEBAN

CASA DE JUAN LUIS



Lupe, que estaba esperando una clienta en la puerta, nada más me vio venir y corrió a ayudarme (aunque es la persona más distraída que conozco, siempre ha sido muy buena gente conmigo, pero además yo sospecho que le gusta presumir lo fuerte que está). Así llegué frente a la Casa de la Cultura, donde Vero y Beto vinieron en cuanto soplé la armónica. Era muy temprano y el Mau todavía no aparecía.

Ahí me quedé con ellos a esperarlo. Fue cuando me contaron que habían llevado una carta a la Presidencia Municipal, en la que pedían que se hicieran las rampas para que Doña Lichita, el Licenciado Juvencio y yo, que somos los que andamos en silla de ruedas, pudiéramos cruzar las calles de Kipatla con facilidad.

Además habían puesto en la carta que también las personas que traen bebés en carreola, los señores que cargan mercancía en “diablitos”, los que recogen la basura en carros con tambos y las personas muy viejitas que ya no pueden subir escalones, iban a sacar provecho de las rampas. Eso me dio mucho gusto.

Al poco rato comenzaron a llegar más niños para el Taller. Cuando entró el Mau ya estábamos como trece o catorce en el salón.

–¡Hola!– dijo sonriendo. Nos dio la mano de uno en uno y luego se sentó con nosotros. Fue preguntando nuestros nombres. ¡Él, el famosísimo Mau, de *Los Indomables*, preguntándonos el nombre y platicando con nosotros!

–Juan Luis Morales Aquino, para servirle– le dije cuando llegó mi turno. Y se me quedó mirando a los ojos. Luego se dio cuenta de



que yo ya traía una armónica en las manos.

–¿Sabes tocar, Juan Luis Morales Aquino?– me preguntó.

–Pues un poco.

–A ver...

¡Y que me arranco con “La Desdichada” (que era la que mejor me sabía)! La toqué completita y todo el tiempo me estuvo viendo con una sonrisa. Cuando acabé me preguntó:

–¿Quién te enseñó a tocar así, Juan Luis Morales Aquino?

–Yo me enseñé solo– le contesté sin pensarlo.





Y entonces se rió. Me vino a despeinar el copete. Nunca se me va a olvidar. Se me quedó viendo con sus ojotes negros y me dijo:

–Me caes bien Juan Luis Morales Aquino, me caes bien.

Con tinte rojo

La segunda vez que fui al Taller no fue tan fácil. En la primera esquina no hubo problema: venía pasando el profe Aldo y él me cruzó. Pero en la siguiente esquina no estaba Don Esteban en la tienda. Katia, su nuera, despachaba cargando a su bebé en brazos y ni modo de pedirle ayuda. Gruperro y yo tuvimos que esperar diez minutos ahí sentados hasta que salió un cliente que nos echó la mano.

En la esquina de la estética tampoco fue fácil: Lupe me vio por la ventana y salió corriendo a ayudarme, pero se le olvidó que estaba aplicando un tinte.

Justo antes de levantarme se dio cuenta de que tenía las manos enguantadas y chorreando colorante rojo por la calle. La clienta la llamaba, porque ya se había cumplido el tiempo y si no la enjuagaba, el pelo le iba a quedar más rojo que la nariz de un payaso, según ella.

Total, Lupe terminó y me ayudó, pero se me hizo tan tarde, que para cuando toqué la armónica en la entrada de la Casa de la Cultura, Vero y Beto ya estaban adentro trabajando en otros talleres y no me oyeron. Al rato pasó Don Esteban, que ya iba para la tienda, y me llevó hasta el salón.





–¿Qué pasó, Juan Luis Morales Aquino?– me dijo el Mau cuando me vio llegar.

–¿Por qué hasta ahora?

Me quedé callado sin saber qué decir. Gruperro bajó las orejas.

–Bueno, no le hace. Lo importante es que ya llegaste. Pásale.– me dijo como si nada. Y me acomodó junto a los demás.

Cuando le conté a Frisco tuvo una idea muy buena. Carola su hermana y él estaban yendo al Taller de Cocina, que era a la misma hora que el mío. Cristina tomaba el de Arte, que también era a las cuatro y media. Entre los tres podrían acompañarme y ayudarme.

–Para eso son los amigos– me dijo.

–Además, en una de esas, platicando platicando, yo saco el tema del baile del 15 y tú le pides a Cristina que vaya contigo. ¡Plan completo! Yo no estaba tan seguro... pero como que ya me estaba animando.

La oportunidad caída

Ese mismo día Beto me alcanzó a la salida, justo antes de que mi papá pasara por mí:

–Buenas tardes, señor Morales. ¡Qué bueno que los veo a los dos juntos, porque les tengo buenas noticias! Fuimos a la Presidencia Vero y yo en la mañana y nos dijeron que el lunes nos dan respuesta a lo de las rampas. Yo les aviso. Mi papá le dio las gracias muy contento, el

Gruperro se vino todo el camino de regreso dando saltitos y yo hasta creí que ya estaba arreglado el problema.

Mis amigos podían apoyarme por unos días. Después, ya iba a haber rampas... y asunto terminado. Pero la idea de Frisco no resultó tan buena como parecía.

Llegó con las niñas por mí y nos fuimos platicando por la calle. Frisco y Cristina me empujaban. Carola venía cuidando que no vinieran carros y que no hubiera obstáculos en el camino. Las primeras dos esquinas las pasamos bien. Entre los tres me ayudaban a bajar la banqueta. Luego me volvían a subir. Era difícil, pero no tanto.

Llegamos platicando hasta la esquina de la estética







sin problema. Frisco dijo que qué bueno que ya faltaba poco para el baile del 15 y me tocó disimuladamente en el hombro. Era el momento de hablar.

Miré a Cristina, me gustó cómo se veía en ese instante, haciendo esfuerzo por bajarme con cuidado de la banqueta. Reuní el valor... ¡pero justo entonces, a Frisco se le resbaló la mano con la que agarraba la silla... y suelo! ¡Que me volteo ruedas pa' arriba a media calle! Por suerte no había ningún carro y Carola le hizo señas a un camión que venía a lo lejos, para que se parara mientras me volvían a levantar. Gruperro la ayudó ladrando.

Salió Lupe de la estética, con tijeras y peine en la mano, toda apurada, y ya ella me llevó hasta el final... Pero dejó en la calle las tijeras y el peine y para mi mala suerte, al rato pasó por ahí mi mamá de regreso del consultorio de la Dra. Ibáñez. Recogió las cosas y entró a la estética para dárselas a Lupe. Ahí se enteró de todo y a mí se me acabó el permiso de irme al taller con mis amigos. También se me cayó una buena oportunidad para invitar a Cristina.



Mi equipo

Los días que no fui al Taller me quedé bien amargado, la verdad. Sólo de pensar que en la Casa de la Cultura estaba el Mau, dándole clases a los demás, me daba mucho coraje.

Pero mis amigos no se olvidaron de mí. Beto y Vero, junto con



Frisco, Carola y Cristina, habían estado averiguando en la Presidencia Municipal qué era lo que pasaba con las dichas rampas que no las hacían. ¡Hasta habían ido a hablar con Don Hilario, el Presidente!

Don Hilario les había explicado que lo que no había era dinero para hacer obras como éstas en el Municipio. Bueno, había un poco, pero lo habían reservado para arreglar la Presidencia para la noche del Grito. Había un grupo de vecinos, organizados en un Comité de Festejos Patrios, que ya tenían todo planeado.



–Es fecha en que vienen muchos turistas a Kipatla– les dijo Don Hilario.

–Y si queremos que regresen cada año a comprar cosas en beneficio de la comunidad, debemos cuidar que el lugar siga estando bonito. No hay que olvidar que muchas familias de Kipatla viven del turismo.

El dinero que había se iba a usar para pintar la Presidencia, para mandar hacer un Miguel Hidalgo de foquitos, para los cables y las luces de la iluminación y para poner guirnaldas tricolores por todo el centro. Mis amigos no se quedaron conformes con la explicación y decidieron hablar con la gente grande.

Hicieron una junta donde fuimos todos: Frisco, Carola y sus papás; Cristina y su tío Aldo; mi profesora Alicia, la Doctora Ibáñez, Don Esteban, con su nuera Katia y el bebé, en su carreola; y Lupe, que llegó oliendo rarísimo, porque acababa de hacer un *manicure* y se le había regado encima el barniz de uñas.

También fueron el Licenciado Juvencio y su esposa, la Señora Lichita y Kevin, su sobrino que siempre la lleva a todos lados. ¡Hasta llegó el señor de bigote, el que estaba comiendo torta aquel día y me ayudó a cruzar la calle! Resultó ser un maestro albañil que acababa de llegar a vivir a Kipatla: Crescencio Arenas. Él fue el que tuvo la idea de sumar cuántas rampas había que hacer y calcular lo que costarían.

–Yo lo que digo– explicó sin dejar de peinarse el bigote, –es que si podemos sacar un presupuesto barato, a lo mejor los convencemos de que también alcanza para esto.



–Bueno– dijo el Lic. Juvencio, –pero también hay que saber cuánto es el dinero que hay y cuánto va a costar lo que tienen planeado ellos.

Entre todos se pusieron de acuerdo para investigar. Estaban convencidos de que las rampas eran más importantes que los festejos del Grito.

Yo no sé el Lic. Juvencio, Doña Lichita y Katia con su bebé de carreola, pero yo me sentí muy importante de que tanta gente pensara en nosotros.

Esa noche, con Gruperro acostado en mi cama, inventé en la armónica una canción cortita, pero muy animada.





Otras zancadotas

El Taller de Armónica seguía avanzando. Martes y jueves. Yo ya había faltado dos semanas cuando Vero me vino a saludar. Me contó que el Mau le había preguntado por mí.

Una tarde que estaba arreglando los libros de la biblioteca, entró a preguntarle:

–Señorita, ¿usted de casualidad no sabe qué se hizo este jovencito Juan Luis Morales Aquino?

Vero le explicó por qué estaba yo faltando.

–¿Pero cómo puede ser eso?– contestó enojado. –¿Por una tarugada de ese tamaño no está viniendo el muchacho? ¿Por qué no me lo dijo antes?– y le pidió mi dirección.

¿Se imaginan la cara que puse cuando lo vi por la ventana? Venía caminando por la calle, derecho hacia mi casa, con unas zancadotas como las de mi papá. ¡Yo no lo podía creer!

–Gruperro... ¿ya viste?

Volado fui a abrir la puerta.

–¿Qué pasó, Juan Luis Morales Aquino? ¿Está tu mamá?– y mi mamá vino enseguida.



Estuvieron platicando de todo lo que había pasado.

El Mau se volteaba a mirarme con sus ojotes oscuros de vez en cuando y se quedaba pensando.

Casi se oía cómo le estaban girando las ideas por dentro, pensando cómo hacerle para arreglar las cosas.

–Bueno, lo primero es que este muchacho ya no falte al Taller. Si usted me da permiso, Elvira, yo mismo vengo por él.

Paso a las cuatro el martes.

¡Y pasó!



¡Para ponerse de acuerdo!

El día de la junta con el Comité de Festejos Patrios, la cosa no estuvo fácil. Cuando el maestro Crescencio Arenas mostró su presupuesto, ellos dijeron que estaba bien que los albañiles cobraran tan barato por ser amigos nuestros, que era un descuento muy grande el que nos ofrecían en la tienda de materiales, pero que de todos modos ya no había dinero más que para arreglar lo de la fiesta. Entonces habló el Lic. Juvencio:



–¡Fíjese nada más qué cosa!– dijo –Yo ya hice las cuentas y sumando todo lo que ustedes quieren hacer, todavía sobra un poco para las rampas. Sólo nos faltarían dos mil pesos para completar.

La profesora Alicia alzó la mano:

–Mi primo es electricista y dice que él puede hacer la iluminación completita por mil pesos menos de lo que les están cobrando a ustedes.

El maestro Crescencio, muy animado agregó:

–¡Y si es por lo de la pintura de la fachada, yo les cobro más barato el metro y ahí ahorramos otros quinientos pesos!

–De todos modos faltarían quinientos. No alcanza– dijeron ellos de brazos cruzados.

–Oiga, pero... ¿no cree que con un esfuerquito ustedes podrían recortar otros quinientos de sus gastos?– les dijo Katia, con su bebito en los brazos.

Ya nos estábamos enojando cuando de pronto, en medio de la discusión apareció por la puerta el Mau.

–Perdón por llegar tarde, se me descompuso la camioneta y miren nomás a qué horas vengo dando por acá.

Don Hilario, el Presidente, se acercó muy amable para dejarle la silla al famoso cantante.



–¡No se preocupe! No faltaba más, Don Mauricio. ¿Qué lo trae por acá? ¿En qué le podemos servir?

–Pues mire, mi estimado Presidente– le dijo muy serio el Mau.

–Yo quiero decirle que le piense un poquito a este asunto de las rampas– y entonces me señaló, –porque este muchachito no ha podido venir al taller y necesito que esté listo para el día 15.

¡Yo me quedé helado! ¿Cómo que me necesitaba para el día 15? Lo miré extrañado y él alzó las cejas dos veces, discretamente.

–¡Hombre!– volvió a hablar con Don Hilario –¿Qué no le había yo dicho que tiene un numerito que tocar con *Los Indomables*? ¡Ah, qué bruto de mí! Yo creo que se me había olvidado comentárselo: este jovencito es indispensable para la fiesta. ¿Verdad Juan Luis Morales Aquino?



Yo, como pude, dije que sí, todavía medio atarantado, emocionado por la sorpresa.

–Además– agregó el Mau, mientras todos seguíamos callados –Yo, la verdad, quiero regalar este concierto para que vengan todos. Para que puedan llegar por las calles de Kipatla los de a pie, los de bastón, los de carro, los de muletas, los de pesero, los de burro, los de andadera, los de bici, los de camión, los de carreola y los de silla de ruedas. ¿O usted no cree que así estaría más animada la fiesta?

Yo sentí una sonrisa por dentro.

–Sí, desde luego...– contestó el Presidente Municipal. Y enseguida volteó a ver a los del Comité de Festejos Patrios.

–¿Y si mandamos hacer el Miguel Hidalgo más chiquito? No creo que desmerezca. ¿Verdad? A lo mejor con eso ahorramos los últimos quinientos pesos que faltan para las rampas.

Y exactamente así fue como se hizo.

Soplidos y vueltas

Desde el lunes 12 comenzaron a llegar los turistas y nadie notó que el Miguel Hidalgo que brillaba sobre el kiosco estuviera chiquito. Muchas personas compraron banderitas, trompetas y confeti de colores. Familias completas comieron antojitos mexicanos, pozole y esquites en todas las fondas y restaurantes.



El martes llegaron dos camiones llenos de gente. Casi todos traían silla de ruedas. Eran las personas con discapacidad de los pueblos vecinos



que habían decidido venir a festejar todos juntos a Kipatla, que era el lugar más bonito de los alrededores y donde además, ahora resultaba muy fácil cruzar las esquinas en silla de ruedas.

Para el jueves 15, Kipatla tenía 47 rampas terminadas. El maestro Crescencio les marcó en el cemento unas notas musicales en agradecimiento al Mau por su apoyo.

Los Indomables tocaron esa noche una canción nueva. Estaba compuesta con la tonada que yo había inventado aquella noche, con el Gruperro echado en mi cama. *El Mau y Los Indomables* inventaron la letra. “Para tratarnos igual” fue un éxito total.

Yo conseguí que el profe Aldo la tradujera al náhuatl y le regalé la canción a Cristina para pedirle que fuera conmigo al baile.



Sí quiso. Después de tocar la canción en la armónica, acompañando a *Los Indomables*, mi papá me ayudó a bajar del escenario por una rampa de madera.

Me dejó en la pista de baile, ahí, entre la gente; y me la pasé de lo mejor bailando en mi silla con Cristina, que a veces me empujaba para que juntos, con todo y Gruperro, diéramos de vueltas.



Para que **CONOZCAS** más...

¿Cuántas personas con discapacidad hay en el país y en todo el mundo?

En 2011 la Organización Mundial de la Salud (OMS) señaló que alrededor de 15% de la población mundial vive con algún tipo de discapacidad (más de 1000 millones de personas). En México, un 6% del total de la población vive con algún tipo de discapacidad (es decir, 7.1 millones de personas), según lo registrado por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) en la publicación La discapacidad en México. Datos al 2014.

¿Vives con alguna discapacidad o conoces a una persona cercana a ti (familia, personas de tu vecindario, amigas y amigos de la escuela) que viva con una discapacidad?

¿Qué tipo de discapacidades existen en México?

Existen diversos tipos de discapacidad en nuestro país. En La discapacidad en México. Datos al 2014", se observó que las personas con alguna discapacidad no pueden o tienen mucha dificultad para hacer alguna de las siguientes actividades: caminar, subir o bajar usando sus piernas; ver (aunque usen lentes); mover o usar sus brazos o manos; aprender, recordar o concentrarse; escuchar (aunque usen aparatos auditivos); bañarse, vestirse o comer; hablar o comunicarse. Asimismo, algunas personas tienen problemas emocionales o mentales, por ejemplo, estar tristes todo el tiempo o deprimidos.

Además, según datos del propio INEGI, la discapacidad motriz, es decir, quienes tienen

limitaciones para moverse, como en el caso de Juan Luis, es la más frecuente en la población mexicana, ya que 64.1% de la población con alguna discapacidad tiene esta condición (INEGI, 2014).

Aunque hay personas de todas las edades con algún tipo de discapacidad, la mayoría de las personas con discapacidad son personas adultas mayores (60 años o más). ¿Conoces a alguien de esa edad con alguna discapacidad?

¿Qué ocasiona la discapacidad?

En México, los principales detonantes de la discapacidad son las enfermedades (41.3%); la edad avanzada (33.1%); los problemas antes del nacimiento o durante el nacimiento (10.7%); los accidentes (8.8%), y la violencia (0.6%).

Ahora bien, las dificultades que enfrentan las personas que viven con discapacidad no son creadas por ellas mismas, sino que surgen y se agravan cuando esas personas se enfrentan a obstáculos en su comunidad que les impiden desplazarse, comunicarse u orientarse de manera segura, cómoda e independiente, como le pasó a Juan Luis cuando por falta de rampas en Kipatla no podía ir a su taller de música. ¿Te has preguntado que obstáculos enfrenta en la calle una persona que no puede escuchar o ver?

¿Qué problemas enfrentan las personas con discapacidad?

- Las niñas y los niños con alguna discapacidad tienen menos probabilidades de poder asistir a la escuela, por lo tanto, no pueden convivir con otros niños y niñas,

y mucho menos pueden aprender. Te imaginas, ¿qué harías si no pudieras ir a la escuela o ver a tus amigos y amigas o aprender cosas nuevas como sumar, restar o leer?

- 48.1% de las personas con discapacidad dicen que sus derechos se respetan poco o nada.
- Los principales problemas a los que se enfrentan las personas con discapacidad son, por un lado, las calles, instalaciones y transportes porque son inadecuados a sus condiciones y, por otro lado, la falta de oportunidades para encontrar un empleo (Conapred, 2017).

Reflexiona y actúa

Si tuvieras que ir en silla de ruedas desde tu casa hasta tu escuela, ¿sería fácil?

¿Existen rampas en tu comunidad para que, en ese caso, pudieras desplazarte cómodamente?

¿Las rampas están libres de obstáculos? Dibuja un mapa para que identifiques los lugares que dificultarían tu movilidad.

Para obtener la información que acabas de leer, consultamos las siguientes fuentes:

Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred)/Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). *Principales resultados de la Encuesta Nacional sobre Discriminación 2017*. Consultado en: <http://www.conapred.org.mx/userfiles/files/PticionENADIS2017_08.pdf>.

Discapacidad. (2014). Proyecto de acción mundial de la OMS sobre discapacidad 20142021: Mejor salud para todas las personas con discapacidad. Informe de la Secretaría. EB134/16. Consejo Ejecutivo, 134ª reunión, punto 7.3 del orden del día provisional, Ginebra, Suiza, 3 de enero de 2014. Consultado en: <http://apps.who.int/gb/ebwha/pdf_files/EB134/B134_16-sp.pdf>.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). *“La discapacidad en México, datos al 2014”*. Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) 2014, la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) 2014 y la Encuesta Nacional de los Hogares (ENH) 2014. Consultado en: <http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825090203.pdf>.

Organización Mundial de la Salud (OMS), Banco Mundial. *Informe mundial sobre la discapacidad, 2011*. Consultado en: <http://www.who.int/disabilities/world_report/2011/es/>.

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para tratarnos igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

La tonada de Juan Luis, número 2 de la colección "Kipatla, para tratarnos igual", se terminó de imprimir en noviembre de 2018 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso (IEPSA), S.A. de C.V., San Lorenzo 244, col. Paraje San Juan, Alcaldía Iztapalapa, 09830, Ciudad de México.

Se tiraron 3 000 ejemplares

A Juan Luis le encanta la música. Desde muy pequeño es fanático de Mauricio Quijano, vocalista y líder del grupo Los Indomables, porque creció en Kipatla como él. Un cartel anuncia el regreso de su ídolo al pueblo. Ahora Juan Luis, junto con las personas de Kipatla, tendrán que resolver cierta situación que obstaculiza su sueño: las calles del pueblo no permiten que las personas con discapacidad puedan ir y venir fácilmente como las demás personas.

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Distribución gratuita
Prohibida su venta